

Semillas de
otros mundos
posibles

Semillas de otros mundos posibles

Ana Carolina Arias



Arias, Ana Carolina

Semillas de otros mundos posibles / Ana Carolina Arias ; Prólogo de Andrea Suárez Córlica. - 1a ed. - La Plata : Bosque Editoras, 2026. 42 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-631-91235-4-8

1. Ecología. 2. Identidad. 3. Estudios de Género. I. Suárez Córlica, Andrea, prolog. II. Título.

CDD 577.07

Imagen de tapa: **Matias Quintana** - matias.e.quin@gmail.com

Diseño y maquetación: **Editorial Bosque** - Ana Carolina Arias

<https://editorialbosque.wordpress.com/>

<https://www.instagram.com/editorialbosque/>



Semillas de otros mundos posibles lleva una licencia CC BY-NC-SA 4.0

Esto significa que Ana Carolina Arias permite que difundas y compartas su obra, que la utilices siempre y cuando la cites, no sea con fines comerciales y atendiendo a que toda obra derivada de la misma, debe llevar una licencia como esta.



9 786319 123548

El contenido del presente texto (Testimonios, escenarios y declaraciones, expresiones y valoraciones, entre otros) son de exclusiva responsabilidad de la autora y no necesariamente expresan la postura editorial.



Prólogo

Cuando iba al jardín de infantes había un conejo blanco en el patio
al que los alumnos le dábamos de comer zanahorias e hinojo

Leí el texto de Carolina de un tirón. Sus derivas me fueron llevando como ese río, o como ese mar de pastos que constituye nuestra pampa -palabra quichua- por mis propias derivas. Sentía que leía un texto vivo, deseante, imaginativo de otros mundos posibles. ¿Pero, por qué imaginar otros mundos? ¿Qué le falta a este que estamos viviendo para querer tener otros a mano? O mejor, ¿cómo es este mundo para que estemos necesitando otros mundos posibles?

7

El mundo se ha convertido en un lugar horrible. Guerras, codicias abominables, políticas de crueldad, desigualdades extremas, catástrofes climáticas a causa de la irracional actividad antrópica. Pero en una mirada situada, cercana, micro, encontramos lugares para refugiarnos con otros que son amables, empáticos, que abandonan el celular para mirarte a los ojos durante una conversación. Que piden por favor y dicen gracias. O que se toman su tiempo para escribir textos como estos para despertar nuevos pensamientos y renovados sentires.

Este trabajo devuelve parte de esa humanidad que estamos necesitando recuperando historias, nombres, saberes, datos objetivos para observar cómo se han desarrollado ciertos asuntos, sacar conclusiones y actuar en consecuencia. Para *seguir con el problema*, diría Donna Haraway.

PRÓLOGO

Me alegró enormemente encontrarme con Genoveva Dawson de Teruggi, docente e investigadora en el área de la botánica y la fitogeografía quien enseñó a sus alumnos a mirar al mundo de las plantas desde un nuevo prisma: en el indisoluble lazo que une la existencia humana con la vegetal. No la conocí personalmente, pero fue uno de mis primeros referentes cuando comencé a investigar de manera autodidacta y poética al bosque urbano. Siempre que se menciona a Los cinco sabios, me pregunto si Genoveva no debería ser incluida alguna vez a Las cinco sabias que aún esperan su reconocimiento y sus bustos frente al Museo de Ciencias Naturales de nuestra ciudad.

También yo tuve una bisabuela. Cleofe del Rosario Coronel dejó su tierra para venir a nuestra ciudad para un buen vivir -sumak kausay en quichua- desde Santiago del Estero dejando su casita sobre la ruta 9 en la localidad de Árraga. En 1992 viajé por segunda vez a la tierra de mis ancestros de parte de mi familia paterna y allí, desobedeciendo las indicaciones de los lugareños de que no saliera a la hora de la siesta, me largué a caminar a la vera de la ruta a las tres de la tarde, pasando varios puestos de sandías rodeados de un silencio descomunal. Un sulky apareció de la nada a rescatarme ordenándome que vuelva a la casa y al reparo de la sombra del mistol. Aún no había aprendido a escuchar los saberes de mis ancestros. Y tampoco había aprendido a escuchar lo que el territorio nos dice.

Si tienes que volver la vista atrás más de ocho generaciones... esta cita me pareció un buen ejercicio para llevar a cabo. Por mi parte me encontré con mi abuelito italiano Pedro Córica, carpintero que además de trabajar la madera, trabajaba la tierra. En su huerta tenía árboles como higueras y limoneros y cultivaba la vid uva chinche que devorábamos bien frías, achicoria para la ensalada amarga. También criaba abejas y preparaba él mismo los bastidores para los panales. En ese vergel además estaba Plomo, un perro salchicha gris y General, un ovejero alemán. Me crié en esa *convivencia interespecie* (otra vez la lucidez de Haraway) observando y colaborando con las tareas que mi abuelito desarrollaba día a día con amor, sabiduría y paciencia.

El epígrafe que abre el texto “...debemos ser capaces de contar las historias de un mundo sin progreso” me recordó la publicación *La huerta familiar y el árbol en el paisaje urbano* de la HCS de la Provincia de Buenos Aires, de 1987, que afirma que “difundir en los niños de edad escolar una actividad creativa y protagónica, haciéndoles conocer a través del esfuerzo productivo, la importancia del trabajo y la preservación del medio ambiente donde viven, y hacer renacer a sus padres y abuelos el hábito de cultivar olvidado por el ritmo de la vida moderna”. La reapertura del período democrático en nuestro país tuvo en cuenta ese mirar hacia atrás y entendió que la vida moderna nos había alejado demasiado de los buenos hábitos que supimos tener en relación a nuestra tierra y los saberes sobre ella. Siempre me estoy preguntando cuándo empezamos a separarnos de la naturaleza.

Pienso en nuestro maravilloso artista conceptual juninense Víctor Grippo y su conocida instalación *Analogías* (1970) realizada con papas para generar energía a partir de ese vegetal americano utilizado a su vez como metáfora. Alimento y fuente de energía para el cuerpo y el espíritu, igual que el arte. Mediante sistemas de medición Grippo puso de manifiesto la potencia latente en la vida vegetal. Buscó la convergencia entre ciencia y arte y nos dejó un legado de reflexión y pensamiento invaluable. No se opuso a los avances y los descubrimientos, pero creyó que el progreso no debía realizarse a expensas de la naturaleza ni del ser humano. Estaba de acuerdo con contribuir al fuego renovador pero también advertía que no siempre significa cambio si no hay conciencia de lo conservable.

Agnés Vardá en su adorable película *Los espigadores y la espigadora* (2000) traza una línea desde el cuadro las espigadoras de Jean Francois Millet hasta los recolectores urbanos de toda Francia. Otra vez, el campo y la ciudad. La cineasta belga pionera de la nouvelle vague reflexiona con su cámara sobre los despilfarros y cómo, mientras unos tiran, otros recogen para alimentarse o dar un nuevo sentido a eso descartado. Podemos ver a Agnés recolectando papas que no clasifican para la comercialización por ser “defectuosas”. Arma una colección con papas con forma de

corazón. Sólo en dos oportunidades tuve la dicha de encontrarme una papa corazón en la verdulería. En la Fiesta del tomate que se realiza en Gorina cada año, los mejores y más sabrosos tomates tenían formas no hegemónicas. Toda una revelación de los cuerpos vegetales.

En 2017 tuve la oportunidad de conocer el Jardín Botánico de Kew, en Londres. Mi interés radicaba especialmente en conocer el arboretum pero la visita me dio una yapa – otra vez un vocablo quichua-. Allí se encuentra una galería dedicada exclusivamente a la obra de la pintora inglesa Marianne North, a quien no conocía. Además de su obra increíble sobre árboles y flores, pude conocer su vida en un documental que proyectaron. Fue una mujer que, en plena época victoriana, hacia 1865, se decidió a recorrer el mundo sola, acompañada por sus caballetes, pinceles y óleos, para retratar la vegetación tropical y su lujuria. Con sus largos vestidos trepaba cuevas, andaba en mula, cruzaba pantanos o vivía en una cabaña en plena selva. Si sus más de 800 obras me habían deslumbrado, su intrepidez, pasión y ser soberano multiplicaron mi admiración. North contribuyó al arte y a la ciencia y varias especies vegetales llevan su nombre. Y, seguramente, quizá sin saberlo, sembró su tan personal semilla de feminismo.

A veces, en los recorridos que realizo antes de cada expedición toco el timbre en alguna casa para preguntarle al vecino por su árbol. Muchas veces la respuesta es ¿Qué árbol? Me apena tanto esa respuesta. ¿A qué edad se aprende a mirar a la naturaleza? ¿Se aprende alguna vez? Dicen que la mirada se educa. ¿Quién debería enseñarnos? ¿La familia, la escuela, la misma comunidad? ¿Qué comunidad? la moderna, la ancestral, ¿una comunidad mestiza? Hasta que los árboles urbanos no son atravesados por la mirada humana, no cobran existencia. ¿Hasta cuándo seguirá esta ceguera vegetal?

Ana sabe que hay palabras que son malas palabras: extractivismo, patriarcado, codicia del mercado. Pienso en el naturalista alemán Alexander von Humboldt, considerado el padre de la ecología, que ya hacia el 1800 advertía sobre los riesgos de la deforestación y la

ruptura de los ecosistemas. Más de dos siglos pasaron de aquella advertencia y así estamos por irresponsabilidad e indiferencia de quienes tienen el poder para tomar las decisiones que muchas veces se convierten en obscenas y destructivas políticas de Estado.

Celebro este texto que produce encuentro con personas entrañables que han dejado huella, con ideas críticas y lúcidas de una investigación minuciosa y a la vez poética y con un deseo de abrir puertas hacia el buen vivir. El texto de Ana es *La imaginación al poder*, ya no la del Mayo del 68, sino una situada en nuestro *mar de pastos*, que intenta aportar a la restauración de nuestra casa común. Para que nuestro mundo, en definitiva, no se nos acabe tan pronto. Porque la vida buena bien merece ser vivida.

En 2018 conocí a Marta Colares, ingeniera agrónoma, docente e investigadora de la UNLP quien me donó un libro sobre el Arboretum Spegazzini para la biblioteca del Proyecto Arbórea. Ese día, también me mostró un tesoro: la carpoteca, un mueble en donde se guardan las semillas recolectadas o recibidas en intercambios con otros botánicos del mundo. Mirando la fascinante diversidad de tamaños, formas, texturas y colores de las simientes, comprendí que cada una de ellas guardaba futuro. En ese sentido, este texto que Ana nos ofrece, también es una potente semilla que guarda un tiempo por venir que debe ser construido de manera inapelable con nuestra humanidad más humana posible.

Andrea Suárez Córica

Proyecto Arbórea

Marzo 2026

Semillas de otros mundos posibles

13

*“...debemos ser capaces de contar las historias
de un mundo sin progreso.” (Dusan Kasic, 2024: 30)*

La identidad, dice el antropólogo Fredrik Barth, es como un río. Muchos ríos, en la provincia de Buenos Aires, son marrones. Llevan consigo sedimentos, que no son otra cosa que memorias de aquello que ha pasado antes. Las identidades bonaerenses, como los ríos, son flujos de movimiento, son aguas que inundan y arrasan con las casas y las cosechas o aguas que bajan y dejan al descubierto las osamentas de seres extintos. Los cursos de los ríos han sido usados para trasladarse y también para desechar aquello que no se sabe dónde poner. Los ríos, como las identidades, son y han sido tan celebrados como olvidados,

relucientes y turbios. A veces opacos, a veces transparentes. Pero son, insisto, memorias. Rastros de aquello que pasó, cauces de lo que acontece, señales de lo que vendrá.

Este es un escrito donde se navega por uno de los tantos ríos que atraviesan la provincia de Buenos Aires. Es un río, quizás, caprichoso. Quizás, imaginario. Trazado con la voluntad de algunas preguntas del presente, pero también con un deseo de futuro. Es un río que se nutre de muchas voces, territorios, semillas.

Nace de una vertiente que se pregunta por las semillas de hortalizas que crecen en la huerta de una escuela en Arturo Segui, pero también por aquellas personas que antes sembraron en el mismo territorio. Nace además de un interés por las mujeres en la historia agrícola y en la historia de la universidad. Un interés que pregunta por las identidades marginalizadas del presente. Empieza pequeño y va creciendo, mutando, produciendo nuevas preguntas. ¿Qué saberes han germinado en torno a las plantas en nuestro pasado y en nuestro presente? ¿Qué lugar ocupan las plantas como alimentos en la vida cotidiana? ¿Qué papel tiene la educación en la producción de esos lugares? ¿Qué espacios habitamos las mujeres y las disidencias en las genealogías que nos atraviesan como ríos? ¿Necesitamos nuevas palabras para nombrarnos, para contar nuestras historias, para imaginar nuestros futuros?

Las semillas de este recorrido darán lugar a plantas diversas. Todas forman parte de un cofre, de un tesoro múltiple guardado en la palma de la mano, listo para ser entregado al viento. O al río.

ROBLE

Esta historia, más bien esta navegación, podría comenzar a inicios del siglo XX. Las mujeres luchaban para estudiar en la universidad de Buenos Aires y para poder acceder a la ciudadanía política a través del voto. En ese camino, algunas fueron más sonoras y sus nombres son conocidos, incluso han sido reconocidas de múltiples maneras. Hablo de grandes mujeres como Cecilia Grierson y Julieta Lanteri, quienes irrumpieron en escenarios masculinizados y se hicieron escuchar, peleando por un lugar para ellas. Pero también hubo otras revoluciones, quizás más silenciosas: hubo algunas que no tuvieron la difusión mediática de las primeras médicas, pero que también eligieron carreras poco habituales para las mujeres de su época. Semillas que rompieron el cemento poco a poco. Tal es el caso de la Ingeniera Elisa Bachofen o de la Doctora en Ciencias Naturales María Isabel Hylton Scott. Entre ellas encontramos también a Ninfa Natividad Fleury, de quien se dice que fue la primera ingeniera agrónoma de Latinoamérica. Aquí voy a detenerme.

El 19 de abril de 1909, la Universidad Nacional de La Plata celebraba, en la Sala Magna de la entonces Facultad de Agronomía y Veterinaria, el acto de graduación y entrega de diplomas a sus primeros egresados y egresadas. Creada recientemente, la universidad incluyó en este acto a quienes habían comenzado sus estudios en las dependencias provinciales, anexadas en 1906. En un listado publicado en la Revista *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, encontramos 72 personas egresadas, de las cuales 32 eran mujeres, casi el 45%. Mirando en detalle los números, hay cinco egresos de ingenieros agrónomos: 1 mujer, 4 varones.

Esa es Ninfa Fleury, quien de acuerdo con los registros, ya había terminado sus estudios en 1903. En un listado de alumnos, publicado por la revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, se detalla junto al nombre del estudiante la actividad que cada uno se encontraba desarrollando: Del Castillo, Damián, dirige una estancia en Chivilcoy; Rodríguez Isaac, Ministerio de Agricultura; Arismendi Bernardo, Profesor en la Escuela Agrícola de Santa Catalina; Ninfa Fleury, espacio en blanco. En 1905, Ninfa aprobó el examen de tesis con un trabajo titulado “Estudio del aire atmosférico”. El espacio vacío deja en evidencia un interrogante que solo en los últimos años se ha incorporado a la historia de las mujeres ¿De qué trabajaba una ingeniera agrónoma a inicios del siglo XX? o más bien ¿de qué *podía* trabajar? La noticia sobre el acto de colación está acompañada de unas fotos borrosas. En una de ellas se observa una larga mesa, repleta de trajes con moños y ningún vestido.

Antes de estudiar en el Instituto de Agronomía y Veterinaria de Santa Catalina, Ninfa era soltera y trabajaba como maestra. Después de estudiar, Ninfa se casó con Francisco de Encalada, compañero de estudios, y tuvieron cinco hijxs: Ofelia Ninfa, Lía Ana, Francisco Gregorio, Germán Manuel y Julia Clepia. En 1900, fue parte de la primera comisión directiva de la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires, creada ese mismo año. Dicha institución tuvo una importante labor gremial, cultural y en defensa de la educación pública y hasta el día de hoy celebramos, gracias a la iniciativa de la asociación, el día de lxs maestrxs el 11 de septiembre. ¿Cuántos años más habrá trabajado Ninfa como maestra? ¿Ejerció alguna vez su profesión como agrónoma? ¿O trabajaría de modo no remunerado cuidando del hogar y de sus hijxs? En 1925 enviudó y no es posible saber cómo fue el desenlace de esta historia, porque los papeles difícilmente guardan las historias privadas de las mujeres.

Sin embargo, el cauce del río continúa con Lía Ana Encalada. Lía seguirá el linaje del amor por la tierra, siendo la primera egresada de ingeniería agronómica de la Universidad de Buenos Aires, en 1927. Se la puede ver en una fotografía, recibiendo su diploma con una sonrisa de las manos de Ricardo Rojas.

En los años siguientes, la familia Encalada se mudó a los valles fértiles que comparten Río Negro y Neuquén. En 1932, Lía se instaló en Centenario y ella sí trabajó como agrónoma: fue designada Jefa de Sanidad Vegetal del Alto Valle en Neuquén, fiscalizando la producción de peras y manzanas. También se dedicó a tasar las chacras que se adjudicaban a través del Banco Hipotecario Argentino. Al igual que su madre, fue docente en escuelas rurales y, también como su madre, se organizó con otros y otras, contribuyendo a la fundación de la Unión de Fruticultores.

Desde 2022 la Asociación Mujeres de la Ruralidad Argentina, en el marco del Día Internacional de la Mujer Rural, entrega los premios Lía Encalada con el objetivo de visibilizar y destacar la labor de las mujeres rurales de todo el país. En la primera edición, una de las premiadas fue Marcela Gally, primera mujer en ocupar el lugar de decana en los 113 años de historia de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires.

Vanessa Miseres señala que el vínculo entre las mujeres y las plantas en la historia no es casual. Muchas mujeres se interesaron por la botánica a partir de finales del siglo XVIII. Y aunque podría pensarse que en el siglo XIX era un pasatiempo asociado a actividades decorativas -como aprender a dibujar flores para trasladar a los diseños del bordado- muchas de ellas llevaron esos aprendizajes al terreno científico.

A través de la botánica, las mujeres del siglo XIX descubrieron un lenguaje, una ciencia y una salida artística para expresar su creatividad, los intereses y las capacidades intelectuales dentro de las restricciones sociales que las confinaban a la esfera doméstica (Miseres, 2022). El Museo de La Plata da cuenta de ello. Cuando la institución se incorporó a la universidad, las estudiantes femeninas abundaban. De hecho, entre 1906 y 1939 sumaban el 36% del total de egresos. Entre ellas, María Manuela Job, Ana Manganaro, América del Pilar Rodrigo, Elisa Hirschhorn, Delia Abbiatti, Genoveva Dawson; entre otras que egresaron entre 1919 y 1943, se dedicaron a los estudios botánicos. ¿Serían los estudios de plantas un espacio más adecuado para las tareas

“propias” de una mujer a comienzos del siglo XX? ¿De qué trabajaba -o podía trabajar- una botánica? Si bien eran parte de los espacios de enseñanza e investigación del Museo, la mayoría de ellas se formaron también como maestras o profesoras.

Manuela Job, por ejemplo, se recibió en 1929 con una tesis dedicada al estudio morfológico, histológico y fitogeográfico de las Umbelíferas Argentinas. Trabajó como docente de Botánica en el museo, siendo Jefa de Trabajos Prácticos desde 1935, junto a Ángel Cabrera y América del Pilar Rodrigo. En 1947, era Profesora Adjunta de la cátedra de Sistemática y Fitogeografía (Soprano, 2009). Además, trabajó en la Escuela Normal Mixta de Quilmes, el Instituto Félix Fernando Bernasconi y en la Escuela N° 11 del Consejo Escolar 2° de la Ciudad de Buenos Aires.

Su carrera fue diversa y prolífica. En 1940 publicó un libro de enseñanza para el aula, llamado *Asuntos de naturaleza*. Allí propone: “Iniciemos en la escuela primaria la formación de pequeños naturalistas, que revelarán en el futuro la magnífica riqueza florística de nuestra Patria.” (Job, 1940:6). También dictó cursos sobre nutrición y dietética y organizó exposiciones sobre la aplicación de los vegetales en la alimentación y la medicina. En el Instituto de Santa Catalina se especializó en fitotecnia y genética vegetal. Publicó varios trabajos científicos, de divulgación y manuales didácticos.

Las egresadas de agronomía no tuvieron destinos tan diferentes. De acuerdo con Alejandra de Arce, entre 1883 y 1963 se recibieron en la Universidad Nacional de La Plata 22 ingenieras agrónomas, representando el 1,8% de la matrícula. En la década de 1930 la crisis agraria provocó un éxodo rural y el gobierno buscó estrategias para solucionar dicha situación: “Desde la Dirección de Enseñanza Agrícola del Ministerio de Agricultura de la Nación (y desde otros ámbitos no estatales como el Museo Social Argentino) se concibe la educación como base de un régimen agrario racional. En este plan adquieren protagonismo las mujeres como agentes principales de la elevación del nivel cultural y económico de la población rural dentro y fuera de la familia.

Los cursos del Hogar Agrícola forman parte de sus propuestas de acción.” (Arce, 2016:50). Muchas de estas mujeres eran maestras normales y la formación universitaria les podría haber ofrecido nuevos horizontes laborales, sin embargo, sus tareas seguían vinculadas a la enseñanza, concebida como una extensión de las tareas domésticas.

Cabe recordar que el magisterio, tanto en la Provincia de Buenos Aires como en todo el país, había sido *hiperpoblado* por mujeres. Como señala Flavia Fiorucci, en 1884 las mujeres constituían el 50% del plantel docente, mientras que en 1900 estas sumaban el 72% de lxs docentes de las escuelas de gestión estatal, alcanzando porcentajes aún mayores en las ciudades. Ello se daba, como lo estudió Graciela Queirolo (2015), en un contexto de expansión del trabajo femenino, siendo las mujeres entre un 20 y 30% de la fuerza laboral en las primeras décadas del siglo XX.

A lo largo de este siglo se da un proceso lento, y variable según disciplinas, de incorporación de las mujeres a la educación superior. Si bien el aumento no fue lineal, hacia la década de 1960 las matrículas de muchas carreras se encuentran casi igualadas en términos femenino/masculino. La participación de mujeres seguirá incrementándose, y a fines del siglo XX, su presencia en la universidad es considerada “masiva” en muchas de las carreras. Sin embargo, aún persisten espacios considerados como “no tradicionales” para el desempeño femenino y muchas carreras tienen porcentajes desiguales en términos de identidades genéricas (Arias, 2018).

De esta semilla nació un árbol inmenso, fuerte, duradero. Su historia dice que aunque una vez fue pequeño hoy es imposible pasar sin verlo. Es un árbol valorado por su belleza, su robustez y resistencia. Sobre todo por su resistencia.

LANTANA

20

En 1914, mi bisabuela Teresa del Campo llegó a Buenos Aires desde España. Su hermana María se había casado por poder unos años antes y una carta decía que su marido no la trataba bien. Así que mandaron a Teresa para buscarla y juntas volver a su tierra. Pero la carta no estaba en lo cierto y la vida era apacible en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Mi bisabuela, por lo tanto, se quedó y fue parte de la vida del campo, haciendo honor a su apellido. Luego se mudaron a las pampas cordobesas, donde la familia puso un almacén de ramos generales, que vendía desde forrajes y semillas hasta alimentos y productos de limpieza. Los ríos, sabemos, desconocen de fronteras políticas.

Su hija, mi abuela Teresa, se casó con Roque, quien también había llegado desde un barco siendo un niño pequeño, junto a su mamá, papá y hermana mayor. Los diez hermanos siguientes nacieron en Córdoba. Esta familia, que provenía de la zona rural de Cosenza, Calabria, no conocía la electricidad y siempre me cuentan esa historia del viaje en barco, cuando querían apagar la luz soplando las bombillas eléctricas. Este año, conté la misma historia a mis estudiantes, que también llevan en sus mochilas historias múltiples de inmigraciones.

Como dice Hope Jahren, si pensamos en algunas generaciones para atrás, es probable que la mayor parte de nuestras familias se hayan dedicado a la vida en el campo: *Si tienes que volver la vista atrás más de ocho generaciones para dar con un granjero, tu linaje es un caso sumamente raro y notablemente urbano*. Eso es lo mismo que decir que en 1817 sólo el 3% de la población global vivía en algún tipo de ciudad (Jahren,

2020). Según datos del último censo nacional, la Provincia de Buenos Aires es predominantemente urbana, con el 58,4% de su población viviendo en el Área Metropolitana de Buenos Aires. La Dirección Provincial de Estadística indica que en 1869 el 82,5% de la población era rural y en 2010 esa cifra se redujo al 2,7%. Parafraseando a Hope Jahren, me pregunto: Cuando todas las personas del mundo se hayan mudado a las ciudades, ¿quién cuidará del campo? ¿Quién cultivará los alimentos que nos dan de comer?

Mi abuelo Roque tenía su quinta, según me contaron, en la casa familiar. En el mismo patio donde jugué de niña cuando iba de visita en las vacaciones y donde aún vaga la tortuga, el único ser con patas que lo habita de modo permanente. En mi casa de la infancia también tuvimos una huerta, de la que solo recuerdo las zanahorias, porque sus semillas se dispersaban más allá de los límites y yo me divertía arrancando pequeñas y sabrosas zanahorias bebés mientras armaba tortas de barro. Tener una huerta en el patio de casa parece para mí algo en el orden de lo posible, de lo imaginable, porque está allí, en ese río de mis memorias. ¿Qué pasa con quienes no comparten este registro? ¿Qué lugar de posibilidad tiene la idea de cultivar los propios alimentos?

En 1905, Sebastián Godoy presentó una propuesta de plan de estudios para crear una escuela normal de maestros agrarios. En ella decía que “es de utilidad pública y necesario vincular más eficazmente á la población rural con la Tierra, para evitar muchos fenómenos sociales y económicos, por consiguiente, como sería la emigración hacia las grandes ciudades (...). Con cada joven que abandona la estancia, la chacra, sin propósitos de adquirir sea las ciencias ó el arte de aumentar y perfeccionar los medios empleados en la granja para hacer fortuna ó labrarse una posición desahogada, sin fundar su porvenir en lo que le dejarán sus padres, sino en sus fuerzas físicas, intelectuales, en su capacidad personal para producir, es un elemento que pierde la agricultura, la ganadería, las industrias fabriles, tal vez, y es uno más que ingresa en la colosal agrupación que puebla nuestro país: la de los consumidores inhábiles.” (Godoy, 1905: 29-30)

Godoy, supongo, no imaginaría que un siglo después la cantidad de habitantes rurales sería tan baja. Tampoco habrá imaginado los cambios sociales y tecnológicos que en el siglo XXI nos mantienen más tiempo frente a una pantalla que con una azada en la mano.

Las Teresas del campo, no obstante, abundan en las historias de muchas familias. Semillas trasplantadas, traídas de otros territorios, híbridas. Están ahí en nuestras memorias, que es lo mismo que decir que son parte de nuestros presentes. Habrá sin dudas quien tenga tradiciones más antiguas aún, y pueda decir que sus antepasados habitaban las costas o las sierras bonaerenses antes de que ese gentilicio se inventara. Es cuestión de excavar los registros, de remontar río arriba, para encontrar a todas las teresas, a todos los del campo.

Como una trenza o una matra tejida, los ríos traen también esas historias. Nuestras identidades son tan híbridas como esos cauces.

El campo, por su parte, también se ha hibridizado. Pero esta vez, sin dejar descendencia. A partir de la década de 1990 se intensificó la producción de semillas transgénicas, cuyas patentes pertenecen a las mismas empresas que producen los agrotóxicos. Los mismos que matan todo menos la semilla diseñada por la empresa. Remo Vénica lo explica claramente: “las semillas en mano de las empresas son un negocio, en manos de los productores son un alimento y no importa tanto cuanto rinde por hectárea.” (Pochettino et al, 2010, 78)

Esta semilla dió origen a una planta que se adapta a todo tipo de suelos. Aquella variedad con flores rojas y amarillas suele conocerse como “banderita española”, pero es una planta americana. Se ramifica abundantemente. Su perfume nos trae recuerdos de la infancia. Se usa ornamentalmente, sobre todo en zonas urbanas, pero aún res(ex)iste en zonas rurales.

TOMATE

Las semillas nos alimentan, sanan, visten, dan calor y refugio. Son aquello que aloja la energía para que una nueva planta nazca. Son también “el sitio donde preservar la vida y los saberes, almacenar la cultura y la historia (...) han sido el símbolo de identidad de los pueblos y naciones, pues la semilla está vinculada a las costumbres alimenticias y a los platos típicos respetuosos de orígenes y tradiciones” (Pochettino et al, 2010: 13).

Las semillas son el gran tesoro de nuestra especie. En un libro escrito por una de las botánicas del Museo de La Plata, Genoveva Dawson de Teruggi, sobre los alimentos que América dió al mundo, ella afirma: “El fulgor de los metales y piedras preciosas cegó en gran parte los ojos europeos, y los conquistadores prestaron menos atención a las riquezas de otra índole que les ofrecía el suelo americano. Entre ellas, las más importantes son, sin duda, las plantas alimenticias: los exploradores gustaron de los productos del Nuevo Mundo, pero no alcanzaron a vislumbrar sus posibilidades. Y sin embargo, paradoja del tiempo, el valor de la cosecha mundial de papas en un solo año es muy superior al de todo el oro que España extrajo de Méjico y Perú.” (Dawson, 1960: 5)

Las semillas son resistencia. En los últimos 30 años, se ha incrementado el cinturón hortícola de La Plata, hecho que llevó también a una mayor organización entre los productores, que crearon organizaciones sociales como la Mesa Regional de Pequeños y Medianos Productores Agropecuarios. La actividad

hortícola, a diferencia de los cultivos extensivos de soja, trigo y maíz; está principalmente destinada al consumo interno y es una producción intensiva en el uso de mano de obra, insumos y de bienes de capital. La expansión de la horticultura en esta zona se debe al uso de cultivos bajo cubierta o invernáculos, siendo la zona de La Plata responsable del 72% de la oferta del cinturón que provee al Gran Buenos Aires (Ferraris, 2014).

Como señala Bianca Coleffi, al interior de este cordón existe otra red, la de las huertas comunitarias y las huertas urbanas. Quizás, nos hemos amontonado en las ciudades, pero aún tenemos posibilidades de poner las manos sobre la tierra. Hace unos meses, en la presentación del libro *Terruños* de Nicolás Freda, escuché la experiencia de Elena, una productora del Parque Pereyra. Su historia quizás, fue una de las semillas de esta historia que hoy se hilvana en un río múltiple. Elena cuenta que en 2001, cuando el país se estaba prendiendo fuego, la organización de productores agrícolas en el Parque Pereyra Iraola comenzaba a dar frutos y a crecer, a contracorriente de las corridas del dólar y de los helicópteros huyendo de la Casa Rosada. A finales de la década de 1990, las familias se organizaron con un “tractorazo” para frenar un intento de desalojo por parte de la legislatura provincial. La huerta Santa Elena produce desde ese entonces de forma agroecológica alimentos para la comunidad y tiene un circuito de venta directo para las y los consumidores.

En el año 2009, la Universidad Nacional de La Plata creó los Centros Comunitarios de Extensión Universitaria, espacios de cogestión entre la universidad y la comunidad donde se implementan acciones que abordan los problemas y necesidades de un territorio determinado. La Huerta Santa Elena trabaja junto a la Cátedra de Soberanía Alimentaria de la Universidad Nacional de La Plata desde 2018 en el Centro Comunitario de Extensión del Parque Pereyra. ¿Será Elena en el futuro reconocida como una mujer semilla, como lo fueron Ninfa Fleury o María Manuela Job? ¿Seremos capaces de reconocer en el presente la importancia de sus historias?

La agroecología es un modo de cultivo, pero también un modo de relación con la tierra. ¿Podríamos inventar nuevos modos de vincularnos con aquello que nos rodea? ¿Qué nuevas formas de mirar, qué nuevos lenguajes, debemos sembrar para hacerlo posible? Dusan Kazic, a partir de una etnografía sobre los agricultores en Francia, propone la ruptura del paradigma de la *producción* que propone el saber económico, para concebir una agricultura *sin producción y sin economía*: “ya no hace falta ‘producir de otro modo’ o volcarse hacia producciones más durables, sino que hace falta romper con el paradigma de la producción, noción clave de la Economía, y concebir una agricultura de las relaciones entre los campesinos y sus plantas.” (Kasic, 2024: 15). Para ello, es preciso abandonar la ideología del progreso y abrazar la idea de que nuestro mundo puede ser contado y descrito de otro modo.

El tomate, cuyo nombre deriva de la palabra náhuatl “tomatl”, es la segunda hortaliza más consumida en las mesas argentinas y la quinta fruta más contaminada bajo el modelo de producción con agrotóxicos. En 2023, en la séptima Feria Provincial de Intercambio de semillas nativas y criollas “SEMBRANDO ESPERANZA” realizada en Berazategui, provincia de Buenos Aires, se registró el tomate platense como una semilla criolla. Ello gracias a un trabajo colectivo que involucra el relevamiento de semillas, su resguardo por parte de familias agricultoras y el reconocimiento estatal de su valor cultural e histórico. Los tomates redondos y lisos fueron ganando mercado con el paso de los años, y las costumbres hicieron que menos personas elijan las variedades “raras”, “diferentes”. En los últimos años esto se ha ido transformando, y son cada vez más quienes valoran la diversidad de frutos que ofrece esta jugosa hortaliza.

El tomate platense es como un remolino en el río: si lo probás, te podés quedar atrapadx y ya no disfrutarás tanto de los tomates híbridos del supermercado. Quizás, sucede lo mismo con la agroecología. Es un curso del río que se abre y ya no vuelve a unirse a la corriente principal.

Esta semilla ha dado una planta cuyo fruto es jugoso, dulce y popular. Los frutos pueden ser rojos, amarillos, negros violetas, pequeños y grandes, redondos, ovalados o en formas extrañas y rústicas. Se caracteriza por su abundancia y generosidad. Se puede consumir fresco o en múltiples preparaciones. Sus semillas conservan historias de muchas generaciones y la diversidad de las mismas ofrece un universo de sabores, tradiciones e identidades.

CORTADERA

Es invierno y los bancos y mesas se agrupan cerca de la estufa garrafera. Comienza la jornada en la EPS. Me siento en la mesa más grande, la que está más cerca del pizarrón. Del otro lado está Julián, que pone su carpeta frente a mí. Un compañero docente trae la jarra de plástico con mate cocido y reparte tacitas que humean. Veo entrar a Facundo, su rostro cubierto hasta la nariz por un cuello de polar y hasta las cejas por la capucha. Le ofrecemos té pero no quiere. Nunca quiere.

Como pautamos iniciar, como tarde, a las 9:15, les pido que vayan sacando la carpeta mientras terminan con el desayuno. Sabemos que el resto irá llegando en el transcurso de la mañana, en pocos minutos o quizás en una hora. Pero arrancamos. Hoy toca sociales y vamos a trabajar con la relación entre las sociedades y el ambiente. Traje dos casos para comparar: las sociedades andinas y la región pampeana. Propongo que hagamos lectura en voz alta pero se resisten. Leo una parte yo. Luego consigo que lea otra parte Julián, que va despacito y con errores, pero se anima. Facundo no quiere y lo dejo. En medio de la lectura llega Priscila. Su mirada está ausente y siento que está más flaca que hace una semana cuando vino por última vez a la escuela. Le ofrecemos té y galletitas. Solo toma el té. Le tengo que pedir varias veces que saque la carpeta de la mochila. Luego varias veces que la abra y busque dónde tiene las cosas de sociales.

Al cabo de una hora y media, hemos leído los 4 o 5 párrafos que propuse. En el medio, dibujé en el pizarrón una montaña y unas escaleras sobre la ladera para explicar qué son las terrazas de cultivo. Tuve que buscar el mapamundi para indicarles dónde

está Perú y dónde está la ciudad de La Plata y la provincia de Buenos Aires. Gustavo, que llegó después de Priscila, me preguntó cuánto tardaríamos si vamos hasta Perú. Hablamos de medios de transporte. Calculamos la distancia caminando, en bicicleta, en auto y en avión con el profe de matemáticas. Tuvimos que mirar por la ventana para ver las especies que crecen fuera de la escuela, y pensar si donde vivimos, que es la región pampeana, el paisaje es un pastizal o está modificado. Ese es un fresno, es exótico. Y ese de más allá es un roble, también es exótico. Pero miren las cortaderas que están en la vereda del frente, esas son nativas. Hablamos de otras plantas que crecen por la zona. Pensamos acerca de qué cosas cambiamos o modificamos en nuestro día a día. Priscila no habló en toda la mañana, pero comió varias galletitas.

Es posible que las sociedades andinas y la región pampeana no hayan quedado grabadas en cada estudiante. Pero usamos los textos para pensar preguntas, para mirar alrededor de la escuela y de cada historia personal. Esto no pasa siempre así, a veces sale y otras veces no.

Soy docente en una escuela de Educación Profesional Secundaria con formación hortícola en Arturo Segui y todos los días aprendo algo nuevo. A veces, siento que no doy todo lo que “debería”. Pero también me pregunto si no es más valioso abrir espacio a que otras cosas sucedan en el aula. Por ejemplo, hablar sobre cómo llegaríamos caminando hasta Perú y qué cosas necesitaríamos para el viaje. O decir que estamos en lo que se llama región pampeana y marcar nuestra posición en el mapa.

Y recuerdo lo importante, aunque a veces tan complejo, de deshacernos, como dice Teresa Punta: “Nos invitamos formalmente a descreer, a desaprender, a desautomatizar (...) Esta deshechura también nos resguardaba de quedar atrapados en nuestro ser maestros como constitución final y acabada, y resguardaba a los chicos –y a sus familias– de *una identidad sustancial determinada e inamovible* para dar/darles/darnos lugar a un movimiento como de marea, con sus pleas y sus bajas, y entramarnos en una suerte

de juego de veladuras y desveladuras una y otra vez” (2013: 29). Habitar la complejidad y el desafío de deshacernos de la escuela moderna, a la vez que la habitamos, la vivimos y la reproducimos cotidianamente. ¿Podríamos ofrecer una escuela tan flexible que acomode sus prácticas para cada individuo? ¿Seríamos capaces de deshacernos lo suficiente? ¿Qué necesitamos movilizar en nuestra práctica para “redondear” -como propone Rodolfo Kusch- eso que lxs estudiantes ya saben de los paisajes que habitan, para que sus identidades sean parte de la propuesta educativa?

Laura Graciela Rodríguez (2020) y Adrián Ascolani (2007), afirman que en la historia de la educación en la Argentina no hubo una política efectiva para conectar la formación del magisterio con las necesidades económicas agrarias. El programa de la EPS, es decir la Educación Profesional Secundaria, iniciado en 2023, podría ser quizás una nueva oportunidad para ello. Este programa, que primero fue nacional pero ahora es sostenido gracias a algunas provincias, en este caso la de Buenos Aires, propone un trayecto alternativo para jóvenes desvinculadxs de las secundarias “tradicionales”, brindando una titulación doble: un bachillerato y una formación técnico-profesional.

Desde 2023 soy docente de Ciencias Sociales en la EPS de Arturo Seguí. Casi todos los días, pasamos una parte del tiempo escolar en la huerta. La huerta es como un remanso en el río desafiante de la enseñanza-aprendizaje. Allí lxs estudiantes ponen música en el celu mientras remueven la tierra o cuentan lo que pasó en su casa mientras hacemos trasplantes. También enseño y aprendo en la huerta cuando, por ejemplo, un compañero le dice “bolita” a otro y nos ponemos a charlar sobre las familias, los orígenes múltiples y lo importante de convivir respetuosamente. Al principio, encontramos resistencias al trabajo con la tierra y las plantas, pero con el paso del tiempo ellxs piden ir a trabajar afuera cuando estuvieron mucho tiempo en la silla. Algunxs se llevaron plantines y semillas y comenzaron a cultivar en la casa. Eso sí que es una semilla poderosa.

La escuela es parte de la sociedad y viceversa. ¿Qué pasaría si yo no permitiera que ingresen estudiantes más tarde al aula? ¿o qué pasaría si no dejara que hagan preguntas “tangentes” al contenido que yo planifiqué para la clase? ¿Acaso no tienen el derecho a que reconozca y dé lugar a sus intereses y sus saberes? Nuevamente, la palabra de Kusch es reveladora: “¿Se aprende para saber mucho, o se aprende para poder inscribir la propia vida en el paisaje?” (2007: 192)

La alteridad es parte de nuestras sociedades y como tal, podría ser una herramienta más transformadora de lo que es habitualmente. En lugar de habitar las diferencias desde el estigma o desde el intento de homogeneización, podemos transitar con más ligereza los cauces que habitamos y compartimos con otrxs, permitiendo que las preguntas nos atraviesen y nos desarmen. Permitiendo que la escuela sea una marea, un flujo, un semillero de transformación para todxs, también para unx mismx como docente.

Esta semilla es el germen de una planta fuerte, que crece irreverente conquistando los baldíos. Es conocida por su carácter perenne y rizomatoso. Sus profundas raíces le permiten sobrevivir en condiciones extremas. Por ello, es una semilla fuertemente comunitaria.

SEMILLAS para otrxs mundos

Sigo remontando río arriba

En un barco con la proa

Lleva el nombre de tu nombre

(Río Paraná, Suárez)

31

SEMILLAS DE OTROS MUNDOS POSIBLES

Este ha sido un recorrido por un río rebelde, que forma su cauce caprichosamente. Un río deseado, imaginado, en la pampa bonaerense; que elige su propio rumbo y también se deja llevar por las corrientes. Esta es una historia de un río posible, que puede ser muchos ríos al mismo tiempo, diversas historias que se encuentran y flotan, se hunden, se mezclan y evaporan. Un río que atraviesa fronteras, historias, geografías. Un cauce que atraviesa la ciudad, invisible, entubado; pero no por ello ausente.

Un río/relato que a la vez une y separa.

Un río que siempre está en movimiento, pero no por ello deja de marcar una huella. A veces meandroso. A veces apenas un hilo de agua. Otras, una corriente que con bravura arrastra todo a su paso. Sus afluentes provienen de tierras lejanas o de vertientes que brotan casi en su seno. Vienen de aguas profundas, subterráneas. Su desembocadura es un mar de posibilidades.

Lo que quisiera decir, en fin, de esta navegación, es que los procesos de identificación suceden en nichos ecosociales. Es decir, son situados contextualmente. Están asociados a un territorio que los nutre y al mismo tiempo se transforma con dichos procesos.

Cuando hablo de identidades situadas pienso en Donna Haraway y en la no separación de filosofía, ontología y política. Hablo de la corporeización de lxs sujetxs, que se encuentran en espacios-tiempos específicos. Que se asocian y vinculan entre sí y también con otras especies y con sus lugares de vida. Pienso también en la hibridez y en la imposible separación de lo que hemos construido occidentalmente como naturaleza y como cultura. ¿Cómo podríamos recorrer el cauce de nuestras identidades sin incluir su forma, sus sedimentos, sus otros habitantes?

¿Qué semillas propagará este río para las próximas temporadas? Espero que sean semillas de resistencia, que se adapten y que permitan crear nuevos mundos, semillas populares y brotes de nuevas generaciones de semillas.

¿Permitiremos que crezcan las semillas nativas o seguiremos regando los campos de glifosato? Nuestro mundo está en un punto crítico. Si no empezamos desde ahora a sembrar ríos y caminos regenerativos no podremos seguir contando viejas historias a nuevas generaciones. No podré contar la historia del barco y la luz eléctrica, ni la historia de la huerta Santa Elena defendida por su comunidad, ni tampoco las historias de Ninfa y Lía. Porque no habrá mundo que aguante el extractivismo, el patriarcado, el afán sin límites del mercado, de la Economía con mayúscula.

¿Qué nuevas palabras necesitamos producir para RÍO y SEMILLA, qué nuevas identidades podemos producir para transformar el mundo en un lugar más habitable? He aquí un llamado a producir identidades que abracen lo híbrido, que duden de las fronteras, que se fusionen y nazcan de nuevo en su territorio, transformándolo todo.



Bibliografía

Arias, Ana Carolina (2018). Mujeres universitarias en la Argentina: Algunas cuestiones acerca de la Universidad Nacional de La Plata en las primeras décadas del siglo XX. *Trabajo Final Especialización en Educación en Géneros y Sexualidades*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

Ascolani, Adrián (2007). Las Escuelas Normales Rurales en Argentina, una transición entre las aspiraciones de la cultura letrada y el imaginario de cambio socioeconómico agrario (1900-1946). En F. C. O. Werle (org.), *Educação rural em perspectiva internacional: instituições, práticas e formação do professor* (pp. 373- 424). Ijuí: Ed. Unijuí.

Dawson de Teruggi, Genoveva (1960). Los alimentos vegetales que América dio al mundo. Serie Técnica y Didáctica. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

de Arce, Alejandra (2016). Expertas en el campo argentino. Las ingenieras agrónomas en la primera mitad del siglo XX. *Congreso Internacional de Historia. La Modernidad en cuestión: confluencias y divergencias entre América Latina y Europa, siglos XIX y XX*. Quito, Ecuador.

Ferraris, Guillermina (2014). Organizaciones de productores hortícolas del Cinturón Verde de La Plata. *VIII Jornadas de Sociología de la UNLP*. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Fiorucci, Flavia (2022). Política, género y formación: las críticas al normalismo en su período de expansión (1884-1920). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (56), 1-31.

Godoy, Sebastián (1905). Escuelas normales de maestros agrarios. *Revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria*; vol. 1, no. 2: 29-34.

Haraway, Donna (1991) *Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century*, en *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*, pp. 149-181. New York: Routledge.

Jahren, Hope (2020). *El afán sin límite: Cómo hemos llegado al cambio climático y qué hacer a partir de ahí*. Paidós Ibérica.

Job, M. Manuela (1940) *Asuntos de naturaleza*. Buenos Aires: Talleres gráficos Tomás Palumbo.

Kusch, Rodolfo (2007). Un maestro a orillas del lago Titicaca, en *Indios, porteños y dioses*, 1966, pp. 187-193. En *Obras completas*, Tomo I. Rosario: Fundación Ross.

Miseres, Vanesa (2022). El lenguaje de las flores: mujeres y botánica en el siglo XIX. *Ciencia Hoy*, Vol. 30 n° 178: 28-35.
Queirolo, Graciela (2018). *Mujeres en las oficinas, Trabajo, Género Y Clase en el Sector Administrativo (Buenos Aires, 1910 -1950)*. Buenos Aires: Biblos.

Pochettino, Lelia et al. 2010. *Sembrando esperanza: 1° feria nacional de semillas nativas y criollas, 4° feria provincial*. Ediciones INTA. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales.

Punta, Teresa (2013). FRIDA. La Inclusión y la exclusión en un mar de posibilidades. En *Señales de Vida. Una bitácora de escuela*, pp. 25-30. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Queirolo, Graciela (2015). Dactilógrafas y secretarías perfectas: el proceso de feminización de los empleos administrativos (Buenos Aires, 1910-1950). *Historia Crítica*, No. 57, Julio - septiembre, Pp 117-137.

Rodríguez, Laura G. (2020). Las Escuelas Normales creadas para formar maestros/as rurales (Argentina, 1903-1952). *Mundo Agrario*, 21(47), e 143.

Soprano, Germán F. (2009). Autonomía universitaria e intervención política en la trayectoria de liderazgos y grupos académicos en Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata 1930-1955. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*. (9)97-147.

Fuentes

Asociación Civil Mujeres de la Ruralidad Argentina. <https://mujeresrurales.org.ar>

Censo Nacional 2022 <https://censo.gob.ar/>

Coleffi, Bianca. Huertas urbanas en La Plata: alimento, salud y comunidad. 22 de abril del 2022

<https://agenciatiterraviva.com.ar/huertas-urbanas-en-la-plata-alimento-salud-y-comunidad/>

Dirección Provincial de Estadística. <https://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/>

Homenaje en el mes de la mujer. Dra. María Manuela Job. Por Raquel D. Gail <https://archivo104.blogspot.com/2021/03/dra.html>

Revista *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*. 1909. Vol 15, num 5, pp. 285-305. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Sección Pedagógica. Universidad Nacional de La Plata.

SOBRE LA EDITORIAL

Bosque es un hogar para albergar proyectos con deseos de publicarse. En nuestro nombre laten la creación y la vitalidad de los ecosistemas cuando están reunidos y la convicción de acompañar el crecimiento de la edición independiente.

Apostamos a un trabajo que abra canales de expresión y circulación de voces nuevas y diversas. Nuestra experiencia se nutre del trabajo en Ediciones de La Caracola, sello que creamos en 2014. En 2018 nace Bosque, con el que abrimos un nuevo camino, una segunda casa que nos permite ampliar el catálogo a otros temas e intereses.

Entre los servicios que ofrecemos, se encuentran la coordinación editorial integral, corrección de textos y edición de estilo, gestiones de imprenta y trámites de registro legal y diseño integral.

Trabajamos con todo tipo de textos narrativos, obras gráficas y de ilustración, y elaboramos encuadernaciones artesanales para tesis, libros de tiradas cortas y manuscritos en nuestros talleres de libros y cuadernos.

Te invitamos a conocer nuestro portfolio y experiencia editorial:

www.editorialbosque.wordpress.com

IG y FB: @EditorialBosque

Contacto: editorasbosque@gmail.com



SOBRE EL TEXTO

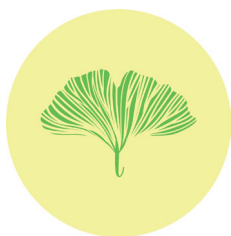
Este ensayo fue premiado con el primer lugar del concurso de narrativas Ser Bonaerense, miradas sobre nuestra identidad, edición 2025. El concurso fue organizado por el Instituto Cultural a través de su Unidad Identidad Bonaerense.

Los temas del trabajo se vinculan con las investigaciones y cursos que la autora viene realizando en los últimos años en torno a temas de ciencia, género y universidad.

Contacto y más info:

www.cienciaygenero.blog

anacarolinaarias212@gmail.com



Este libro se realizó artesanalmente en el Taller de Árbol
Nömade, en Arturo Segui, La Plata, en marzo de 2026.